

CAPÍTULO II

EL MUNDO GERMÁNICO

MÁS ALLÁ de las fronteras septentrionales del Imperio, en la otra orilla del Rin y del Danubio, se extendía la Europa bárbara. Toda esa parte del mundo se había mantenido ajena a los goces y miserias de la civilización universal, y así había de quedar para siempre, pues los generales romanos, cuando penetraban en ella, encontraban divinidades que les ordenaban retroceder, y Augusto, instruido por reveses inesperados, había fijado los límites del Imperio a la entrada de Germania. El curso de un río separaba en este lugar dos sociedades que el destino parecía querer acercar, pero que sólo tenían ocasión de conocerse en el campo de batalla. Todo era opuesto entre ellas, y el romano a quien la desesperación o el azar llevaban al interior de los pueblos germánicos, debía quedar asombrado del cuadro que se ofrecía a sus ojos.

Era bien lúgubre este país germano. En él, bajo un cielo sombrío, vientos fríos y húmedos parecían retorcer eternamente espesas nubes que se deshacían en torrentes de lluvia y ventiscas tremendas. Un mar tempestuoso y pérfido, que no respetaba sus propias riberas, disputaba a los ribereños hasta el suelo que hollaban sus pies, y oponía una zona de tempestades a las flotas que pretendían abordar a estas tristes comarcas. Bosques impenetrables se extendían hasta donde ni la vista podía alcanzar, dando al horizonte un aspecto terrible y misterioso que ponía espanto en el alma del viajero. La tierra, rebelde al cultivo, sólo daba cosechas escasas y frutos ácidos; allí no se conocía el otoño, con sus sonrisas y riquezas; se contaban los días por noches y los años por inviernos. ¿En qué podían emplear su vida los hombres a quienes la cólera de los dioses había relegado allá, que no tenían ni espectáculos, ni actores, ni cortesanas, ni sabían lo que era una ciudad, y que, mal alimentados y casi desnudos, vivían en chozas sombrías que compartían con su mísero ganado?

Ciertamente, en medio de la tristeza y el tedio de estas tierras melancólicas, debía ser durísimo acordarse del cielo brillante de Italia, de sus ciudades opulentas, de sus campiñas soleadas y siempre lle-

nas de colores y de perfumes, de aquella vida sazónada con todas las voluptuosidades y embellecida con todos los encantos de las letras y de las artes. Por eso, los hijos del Mediodía no podían comprender que una raza humana hubiese escogido espontáneamente una patria tan diferente de la suya, y su historiador más ilustre recurría, para explicar este fenómeno, a la suposición de que los germanos habían brotado del suelo, como los robles del bosque¹.

Sin embargo, en los últimos siglos la felicidad romana había engendrado decepciones tan amargas, que los habitantes del Imperio se sentían inclinados a mirar de distinto modo a la sociedad bárbara. Más de un romano debió experimentar sentimientos inesperados de bienestar cuando, al salir del horno ardiente del mundo civilizado, respiraba por primera vez las brisas del aire fresco y puro que le enviaban los bosques de Germania; allí el desgraciado campesino dejaba de verse perseguido por el publicano implacable, así como el decurión acorralado encontraba el único asilo que le protegía contra la rapacidad del fisco; allí el patricio rico no tenía que temblar ante la mirada recelosa del señor o ante la lengua emponzoñada del delator, y la mirada del hombre honrado no se veía manchada continuamente por el espectáculo de las costumbres infames de sus conciudadanos.

Una vez que se trasponía el Rin, parecía como si un toque de varita mágica hiciese desaparecer en un abrir y cerrar de ojos la fantasmagoría de la civilización, para colocar de nuevo al hombre frente a la Naturaleza, solo con su debilidad y su pobreza, pero también con su libertad y espíritu de iniciativa. Allí no se sabía lo que era un ciudadano o un magistrado, pero todo el mundo tenía conciencia plena de su dignidad de hombre y de guerrero. Temible sólo para los cobardes, pero favorable y tutelar para los valientes, aquel bosque inmenso extendía sus verdes ramas sobre los hombres enérgicos y aventurados que vivían en su seno y corrían por sus senderos, mezclados con los animales que perseguían. Aquella vida natural era la que más se aproximaba al estado ideal en que la filosofía pagana se imaginaba a la humanidad primitiva, cuando no existía ni propiedad ni sociedad, y tampoco había leyes, por la sencilla razón de que no había vicios.

Este mundo septentrional se extendía desde los confines del Imperio hasta aquellas regiones vagas de las que la imaginación de los antiguos sospechaba algo, pero no conocía nada. Grandes y numerosas familias de pueblos vivían libremente en las inmensas llanuras

¹ TÁCITO, *Germania*, c. 2.

que se extienden casi sin interrupción desde las riberas del mar del Norte hasta las fronteras de China. Todo el país comprendido desde este mar hasta el Danubio y desde el Vístula hasta el Rin, y que puede ser considerado como el centro de Europa, servía de patria a la más conocida y mejor dotada de las razas: la de las naciones germánicas. Muy pronto, probablemente desde los primeros tiempos de su inmigración, se había extendido hasta las islas y penínsulas del mar del Norte, haciendo resonar hasta bajo el cielo polar los acentos de la misma lengua que hería los oídos de los griegos en las orillas del Ister.

Pero los pueblos establecidos en esas comarcas lejanas, aislados del resto del mundo, no mezclaron jamás sus destinos con los de sus hermanos meridionales, y parecía como si hubiesen perdido desde muy temprano hasta el recuerdo de su primitiva fraternidad. Los escandinavos formaron, pues, como un mundo aparte, que Roma nunca conoció, y que, cerrado y oculto durante siglos y siglos, reservaba a cada nueva civilización los terrores y desastres de nuevas invasiones de bárbaros. Más allá de los germanos, a la orilla del Báltico y en las vastas campiñas de la Rusia actual, desplegaba sus tribus innumerables y movedizas la gran familia de los pueblos eslavos. Y aún más lejos, sin recibir ni siquiera un rayo de la civilización que iluminaba a la cuenca del Mediterráneo, se agitaban en las tinieblas aquellos seres horrorosos y malditos, en quienes la superstición apenas reconocía algo de humanos: eran los mogoles, raza de jinetes salvajes que aparecían y desaparecían como la tempestad y sólo vivían para destruir.

Todos estos pueblos, como las sombras entrevistas por Eneas en los infiernos, debían ir apareciendo sucesivamente, en la época fijada por la Providencia, sobre el teatro del mundo, para desempeñar en él su papel, a veces glorioso y otras nefasto; hacía mucho tiempo que, empujados por fuerzas desconocidas hacia las orillas del Mediterráneo, avanzaban hacia el Imperio romano con tenacidad formidable.

Sin embargo, un velo misterioso ocultaba a los ojos de los pueblos clásicos la vida y el porvenir de la sociedad bárbara, y la indiferencia, mezclada de desprecio, que profesaban para todo lo extranjero, contribuía a mantenerlas en su prolongada ignorancia. Para los griegos, el mundo habitable terminaba en el Danubio; más allá se encontraba la región Hiperbórea, es decir, la polar, con sus tinieblas y fantasmas. Eran bien escasos los exploradores que, como Piteas de Marsella, podían dar algunas nociones más exactas, y tenían dema-

siado poca autoridad para modificar considerablemente la opinión general aceptada por todos.

Durante el siglo clásico y principal de la civilización helénica se confundió siempre a los germánicos con los galos, y Heródoto mismo, el más curioso y erudito de los griegos, colocaba la fuente del Danubio en los Pirineos¹. Roma, que adoptó la defectuosa geografía de sus preceptores griegos, tuvo que pagar con sus propios reveses el logro de conocimientos más exactos. Sus nociones acerca de los germanos adquirieron un poco más de firmeza el día en que, por primera vez, sus invencibles legiones fueron destrozadas o dispersadas sin combate por estos nuevos adversarios. Cuando los contemporáneos de Mario vieron aparecer aquellos hombres gigantes, semidesnudos, de bigotes rojizos y ojos azules, cuya fabulosa intrepidez se burlaba de los peligros y desafiaba la muerte, concibieron aquel temor a los guerreros germánicos del que nunca llegó Roma a librarse. Se los temía antes de conocerlos; el día en que se los conoció, hubo razones para temerlos mucho más.

El pensamiento romano nunca llegó a calcular la extensión del mundo bárbaro, y desconoció siempre sus límites precisos. En el siglo de oro del Imperio escritores serios ponían cuidado en mencionar, como existentes allá por los confines de Escandinavia, hombres con pies de caballo y con orejas enormes que les cubrían todo el cuerpo². ¿Es que el mismo Tácito no se imagina al otro lado de Germania regiones más fértiles, que debían ser el país del ámbar amarillo? En la descripción que hace de los caucos ¿no puede encontrarse como una vaga reminiscencia de los poéticos cimerianos del viejo Homero?³ Por eso no debe asombrarnos que, no disponiendo sino de datos insuficientes de la Antigüedad, los historiadores modernos tengan dificultades para trazar, de la primitiva Germania, un cuadro que satisfaga enteramente. Por preciosos que sean los resultados que la crítica de este siglo haya llegado a agregar a las noticias de los antiguos, hay rasgos que han desaparecido totalmente y, aunque con dolor para nuestra legítima curiosidad, tendremos que resignarnos a ignorarlos.

En el fondo, esos bárbaros hoscos a quienes tanto temían los romanos eran hermanos suyos; procedían de los mismos antepasados y de la misma patria; descendían, como ellos, de las altas mesetas del Asia Central, donde tuvieron su cuna la mayoría de las naciones civilizadas; allí habían vivido largo tiempo con ellos, y en el momento

¹ HERÓDOT., II, 33.

² POMPON. MELA, De *Chorogr.*, III, 6.

³ TÁCIT., *Germania*, c. 45 y 35.

de la emigración habían sacado un fondo común de aptitudes, de tradiciones y de costumbres, cuyos vestigios pueden comprobarse en ambas ramas aún hoy, bajo el polvo acumulado por los siglos.

Pero cuando, por vez primera, después de una separación de más de mil años, se encontraron frente a frente, con las armas en la mano, entre las brumas de la Europa septentrional, ya no eran reconocibles los rasgos de esa fraternidad primitiva, pues había entre ellos toda la diferencia que separa a dos edades entre sí. Bajo el cielo brillante del Mediodía habían madurado más pronto los frutos de la civilización, y los pueblos del mundo mediterráneo gozaban ya una madurez floreciente cuando los germanos presentaban todavía la imagen de una sociedad que estaba en su infancia. Sea que la sola acción del clima baste para dar cuenta de esta diferencia de progreso, sea que la rama grecolatina tuviese en lo político tendencias especiales, la idea del Estado se había desarrollado en ésta hasta el punto de producir la más vasta y concentrada de las sociedades humanas, mientras que entre los germanos la feroz independencia de la personalidad, incapaz de sacrificar ninguno de sus derechos, continuaba siendo obstáculo para la formación de una verdadera sociedad civil.

Cuando comenzó su largo duelo con el Imperio, todavía no habían franqueado los germanos la última etapa que debía llevarlos de la vida nómada a la sedentaria; iban evolucionando hacia la forma política, pero apenas habían salido del estado patriarcal. Su constitución social ofrecía una mezcla de elementos heterogéneos y aun incompatibles. Unos pertenecían al pasado, y trabajaban por perpetuar la situación patriarcal de la nación; continuaban siendo vigorosos, pero parecían haber perdido el poder de reproducirse. Otros, informes aún, pero llenos de savia, llevaban en su seno el porvenir, y tendían a organizar la sociedad conforme a un plan político; éstos continuaban desarrollándose incesantemente, y cada vez que en el transcurso de los siglos se presenta un observador, nos permite comprobar los progresos de ciertos organismos que su predecesor desconocía o que había encontrado en estado embrionario. De César a Tácito y de éste a Amiano Marcelino, hay en las instituciones germánicas como tres fases sucesivas de un desarrollo que quizá fué acelerado por influencias externas, pero cuya razón de ser se encontraba en el corazón de la nación misma.

Las huellas de la vida nómada son todavía numerosas, aun cuando ya hubiese comenzado a echar raíces en el suelo por la práctica de la agricultura y por un ensayo de propiedad individual, pues la

distribución de los pueblos sobre la superficie de Germania no parece tener nada de definitivo. Al primer choque o al menor capricho, se les ve arrancar los postes que sostienen sus casas, y, empujando ante ellos sus rebaños, marchar en busca de cualquier morada nueva. El país de estos bárbaros parece un enorme tablero de ajedrez cuyas piezas estuvieran en perpetua circulación; algunos pueblos aparecen tan pronto aquí como allá, viajando del Norte al Sur y del Este al Oeste, cambiando de nombre al mismo tiempo que de patria, y desconcertando más de una vez la mirada del historiador aplicada a seguirlos en sus emigraciones. La Germania de César ya no es la de Tácito, y la de Tolomeo está llena de nombres que faltan en las otras dos. ¡Qué diferencia hay entre estos pueblos jóvenes, errantes por los bosques nórdicos, impulsados por su genio aventurero, en busca de una residencia definitiva que no encuentran, y las naciones sedentarias del mundo clásico, asentadas desde la aurora de los tiempos junto a sus hogares y sus altares, a la sombra de un *pomaerium* cuyo recinto ha sido consagrado como inmutable por la religión!

En medio de este continuo vaivén, todos los lazos nacionales debían distenderse y todas las masas grandes debían disgregarse. Así, no había unidad entre los numerosos pueblos que se dividían el suelo de Germania. Es cierto que habían guardado entre sus leyendas mitológicas el recuerdo de su origen común, y que la identidad de costumbres, de creencias y de lenguaje creaba entre ellos afinidades que eran al menos sentidas; pero aparte de algunas prácticas religiosas que reunían anualmente en torno al mismo altar a cierto número de pueblos vecinos, no había ninguna institución que pudiese conservar y reavivar la noción de la fraternidad primitiva. Ni siquiera había un nombre nacional que designase a todo el grupo germánico y afirmase su unidad respecto al extranjero. Por lo demás, no se sentía la necesidad de esto. Aun frente al enemigo común, aun en los días más críticos para la independencia de todos, su sentimiento de solidaridad no se despertó con energía suficiente como para reunir todos los esfuerzos en una misma resistencia; siempre hubo en Germania un partido romanófilo, y hasta en medio de las naciones más altivas, Roma contó con aliados que no creían deshonorarse por pactar con el enemigo de su raza. La tendencia bárbara a poner los límites de la sociedad todo lo cerca que pudiera del individuo obraba aquí con toda su fuerza y mantenía aisladas a importantes fracciones de la familia germánica.

Sin embargo, ya se había dado un primer paso en el camino del

progreso; la forma patriarcal pura, en la que toda organización social queda limitada a la sociedad natural de la familia, ya no regía la vida pública del germano. Junto al principio patriarcal, que hace derivar las relaciones jerárquicas que se dan entre los hombres de las que ha creado su nacimiento, vemos aparecer uno más comprensivo, que funde todos los grupos familiares en la unidad superior de la nación. Este principio nuevo es el principio territorial, que sustituye los lazos de la sangre por los de la vecindad, y que toma por base de la vida común esa realidad ideal y fecunda que es la patria. Aún no se hacía valer ésta con toda la energía que debía adquirir posteriormente, ya que la ocupación del suelo no tenía carácter bastante definitivo para llegar a ser el vínculo poderoso y suave entre la tierra y su población, entre un hombre y su vecino. Empero, la idea de nación había nacido y vivía en instituciones que en nada habían sido influidas por la idea de familia. Coexistían una al lado de la otra las dos sociedades: la familia y la patria; hay que ver cómo se repartieron el pasado y el porvenir de los pueblos germánicos.

La familia continuaba teniendo la cohesión fuerte de las sociedades creadas por la Naturaleza y no menoscabadas todavía por legislaciones humanas. Cada familia era como una pequeña nacionalidad espontánea, cuya independencia estaba bajo la garantía de la tradición y de las costumbres públicas. Una solidaridad sagrada unía entre sí a todos aquellos por cuyas venas corría la misma sangre. Unidos entrañablemente, se establecían juntos en el mismo suelo, se encontraban a diario en los mismos regocijos y para los mismos intereses, marchaban juntos a la guerra, y peleaban, triunfaban y morían siempre unidos. Frente a aquellos que no formaban parte de ella, la familia tenía el carácter de una alianza ofensiva o defensiva, en la que cada uno de sus miembros estaba individualmente bajo la protección de todos; no dejaba que nadie tocara a los suyos, ni cedía a nadie su derecho a defenderles o vengarles. Si uno de ellos era objeto de algún atentado, su familia en pleno se levantaba y procuraba a mano armada la represión del delito en la persona del agresor y de sus familiares; si éstos resistían, ya estaba dispuesta la guerra, la que, dentro de su pequeñez, tenía los mismos caracteres que los conflictos entre pueblos diversos.

La guerra imponía a los miembros de cada familia obligaciones a las que no podían sustraerse; los de cada parte se hacían campeones de los suyos, sin preocuparse mucho de la justicia de la causa por la que combatían; cada cual llevaba a esta lucha toda la

atrocidad de las costumbres bárbaras, aumentada aún por la animosidad particular de las querellas en que los adversarios se conocían y se odiaban personalmente. Sin embargo, el sentimiento de dignidad personal y cierta noción de equidad se iban imponiendo al desencadenamiento de las pasiones y estableciendo un código del honor que ya no se violaba impunemente. Atacar a alguien sin haberle desafiado, o matarle en secreto, era un acto de felonía que la opinión pública castigaba como si fuera un asesinato. Estaba prohibido ocultar el cadáver de la víctima y sustraerse a la responsabilidad o a la gloria del homicidio que se había realizado. El hombre que se respetaba colgaba el cuerpo del enemigo muerto a modo de trofeo, en unos ganchos, a la puerta de su casa, pronto a responder de ello ante quien lo deseara; esto no tardaba en suceder, ya que cada cual sentía los ultrajes hechos a los suyos con la misma vivacidad que si los hubiese sufrido él mismo, y era deber sagrado tomar satisfacción por la sangre vertida. Para el bárbaro, sólo la sangre expiaba a la sangre, y no se satisfacía a la víctima sino devolviendo al ofensor ultraje por ultraje.

Sin embargo, la necesidad y también ese sentimiento de humanidad que, aun en las naturalezas más incultas, se adormece más bien que se extingue, había introducido en las relaciones familiares un punto de vista más favorable a las relaciones sociales; el ultraje podía quedar cubierto, según la metáfora bárbara, por una indemnización proporcionada, en cuyo caso se restablecía la paz entre los dos beligerantes. Esta manera de obtener justicia tenía a los ojos del germano algo de menos noble y menos altivo que la venganza, y más de uno, al pedirle que aceptase tal *composición*, respondía que no quería llevar en su bolsillo la sangre de su padre o de su hijo. El derecho de guerra privada subsistía, pues, íntegramente al lado de los medios que conjuraban su uso, y la familia, juez soberano de su honor y de sus intereses, conservaba toda su libertad de elección entre una guerra aleatoria y una satisfacción segura; todavía no había llegado el momento de despojarle de su privilegio ante el interés superior de la paz pública.

Como se ve, la familia tenía allí una misión inmensa. En el caos tormentoso de la sociedad bárbara, ella era el único ambiente en que el individuo hallaba algún reposo y algún encanto; combatido o amenazado siempre en el exterior, sólo volviendo a su casa podía colgar las armas junto al hogar y dormir en paz acogido al afecto de los suyos. ¡Desgraciado de aquél que por azar o por su culpa se viese privado o excluido de este asilo tutelar! Por su aislamiento, tan

lleno de tristeza y de peligros, parecía un proscrito; por no tener recurso contra las amenazas o los ultrajes, podía ser maltratado o muerto impunemente, sin que nadie le defendiese. Por eso nos muestran las leyendas al propio rey Clodoveo, el más poderoso de los monarcas germánicos, lamentándose de no tener familia, es decir, de estar, a pesar de ser rey, sin protección durante la vida y sin venganza después de la muerte ¹.

Pero, a pesar de la extraordinaria vitalidad que continuaba desplegando, la familia había perdido muchos de los rasgos esenciales del régimen patriarcal. Por alto que nos remontemos, no encontramos en la sociedad germánica al jeque, y la familia, aunque sea siempre una sociedad muy consistente, ya no es una monarquía independiente; los lazos naturales con que unía a sus diversos miembros ya no tiene el carácter indestructible e inviolable que poseyeron al principio; todo el que encontrara la solidaridad de la familia demasiado onerosa, podía librarse de ella mediante una ceremonia simbólica, por la que rompía todos sus vínculos con ella, para ir, si le parecía bien, a constituir una familia por sí solo. Quizá se habrá presentado pocas veces este caso, pero ya estaba previsto, lo que basta para mostrar que se iba formando un espíritu nuevo, y que la familia no era la única sociedad posible.

Al salir de su seno, se continuaba siendo miembro de la gran sociedad nacional, y aunque la atmósfera de ésta fuera menos densa y mucho menos cálida, la verdad es que existía y que cada día tomaba mayor consistencia. Esta sociedad, nacida del principio territorial, se sobreponía a todas las familias, las reunía en una esfera más alta y las acostumbraba a agrupaciones determinadas por intereses superiores; tales agrupaciones eran de diversas categorías, y se extendían unas por encima de otras, desde las más pequeñas, que eran del orden agrícola y económico, hasta las mayores, que revestían el carácter de verdadera sociedad política. Con ellas aparecen en la historia de las naciones germánicas esos elementos nuevos a que hemos aludido más arriba y que ahora vamos a separar y definir.

Las familias no vivían aisladas, sino que se agrupaban en cada localidad para explotar colectivamente una parte determinada del suelo, constituyendo así comunidades agrícolas compuestas ordinariamente de cierto número de familias que formaban, por sola su vecindad, como una gran familia territorial, en la que la cercanía de alojamiento suplía al parentesco. El suelo sustituía así a la sangre como vínculo social, al modo como entre las tribus ficticias de

¹ GREG. TURG., *Hist. Eccl. Franc.*, II, 42.

los pueblos de la Antigüedad clásica, que se creían hijas de un antepasado común, aunque en verdad sus vínculos eran debidos únicamente a la vecindad. Se pudo, por tanto, considerar a la comunidad agrícola como el elemento capital de la transformación de la sociedad patriarcal de los germanos en una sociedad política. El dominio ocupado por esta sociedad rural era una conquista realizada por el hierro y el fuego, como en una especie de guerra, sobre el bosque general: era un claro cuyos límites se ampliaban o estrechaban de acuerdo con las necesidades y el progreso de la comunidad. Generalmente, era muy grande, pues en el estado embrionario de la agricultura germánica se desperdiciaba mucho terreno, y, además, la preponderancia del régimen pastoral necesitaba territorios muy extensos para el mantenimiento del ganado.

Todo el suelo estaba ocupado colectivamente, y permanecía en común entre los miembros de la agrupación; sólo el emplazamiento destinado a habitación de las familias se convertía en objeto de propiedad privada. Cada cabeza de familia se establecía en donde mejor le parecía, escogiendo a capricho el lugar que debía sostener su choza de madera o de barro, que no tenía ventana ni chimenea y que podía edificarse o demolerse en tan poco tiempo como la tienda del nómada. Las habitaciones contiguas eran ignoradas por estos hombres a quienes obsedía la pasión de la independencia; la gran cuestión era tener en torno suyo la mayor cantidad posible de aire y de espacio, y poder circular libremente por su dominio sin ser molestado por el vecino. Aisladas así en medio de sus cercas, y desparramadas en pintoresco desorden en el centro del gran claro, las rústicas moradas de los bárbaros presentaban el aspecto de una especie de campamento permanente. Nuestras aldeas de hoy, con sus aglomeraciones compactas, apiñadas alrededor de un campanario, están muy lejos de dar idea de lo que eran estas instalaciones primitivas; pero de ellas se puede encontrar una imagen, aunque imprecisa, en ciertas localidades de Westfalia, comarca germánica por excelencia, en donde se han conservado en parte las costumbres antiguas con su poesía salvaje y su penetrante aroma de antigüedad.

Tal fué la forma que tomaron en su origen y que conservaron durante largo tiempo las primeras poblaciones; tenía encantos exquisitos para gentes que eran todavía medio nómadas, y hubo de pasar mucho tiempo para que se decidiesen a renunciar a ella. Todavía en plena Edad Media, el derecho germánico colocaba la casa entre los bienes muebles, como si hubiera querido consagrar el recuerdo